

## Orfeo, la sombra del amor



**L**os dioses antiguos eran excelentes músicos. Pero hubo un mortal que superó su maestría: Orfeo.

Se dice que acompañaba a navegantes famosos en sus viajes porque, cuando los héroes se debilitaban, él tocaba su lira y, al instante, los reanimaba para continuar la travesía.

Orfeo dedicó su vida a la música, a estudiar y a investigar hasta que conoció a Eurídice.

Tocaba su lira en medio de una arboleda cuando la vio. Se enamoraron a primera vista y resolvieron casarse.

Pero un día, mientras Eurídice paseaba por el prado con sus amigas, una víbora venenosa le mordió el pie y cayó muerta al instante.

Cuando Orfeo se enteró de la trágica noticia, su dolor no tuvo límites. Lloró días y noches hasta que tomó una heroica decisión: viajaría al mundo de los muertos, quería intentar que le devolvieran a su adorada Eurídice.

Y se fue una mañana sin más equipaje que su lira.



Por fin, llegó a orillas del río Estigia, que lo separaba del mundo de los muertos. Sabía que para cruzarlo, tenía que conseguir ayuda. Le habían advertido que solo había un barco que podía transitar esa corriente espantosa, la nave de Caronte, un anciano desagradable e interesado.

—Por favor, necesito que me cruces —pidió Orfeo cuando lo vio.

—Imposible —contestó el viejo—, ningún mortal lo hizo hasta ahora.

Entonces, por primera vez desde la muerte de su esposa, Orfeo tomó la lira y comenzó a tocar. Sus melodías calmaron el curso del río y cautivaron a Caronte, que accedió a trasladarlo hasta la otra orilla.

Una vez en tierra, el músico siguió su camino hasta llegar a las puertas del mundo de las sombras. Allí, en la entrada, encontró a Cerbero, su horrible guardián, un perro de tres cabezas que lo miró amenazante.

Por segunda vez, Orfeo tomó su lira. Gracias a su música, los seis ojos del perro lo miraron con dulzura y Cerbero lo dejó entrar.

En cuanto las puertas se abrieron, el enamorado se encontró cara a cara con el rey y la reina del mundo de los muertos. Entonces, por tercera vez, tocó la lira. Con la música, les contó todo el dolor que sentía por la pérdida de su amor. La melodía conmovió el corazón helado de la reina, que rompió en llanto, y el rey, tan frío como ella, no pudo disimular la emoción que sentía.

Orfeo rogó, suplicó y fue tan elocuente que, por fin, le dieron permiso a Eurídice para que regresara al mundo de los vivos, donde la luz del Sol todo lo ilumina.

Versión de Paula Moreno.